

ALBUM SALON



Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO II

BARCELONA, 16 DE ENERO DE 1898

NÚM. 9

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactores:

SALVADOR CARRERA

V. SUÁREZ CASAÑ

COLABORADORES

Literatos: Leopoldo Alas (*Clarín*).—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Victor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar (*Marqués de Valdeiglesias*).—Francisco T. Estruch.—Isidoro Fernández Flórez (*Fernanflore*).—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—José Gutiérrez Abascal (*Ka abal*).—Jorge Isaacs.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mérida.—F. Miguel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—P. Sañudo Antrán.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—José Villegas (*Zeda*).—Baronesa de Wilson.

Pintores y dibujantes: Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—Luis Alvarez.—T. Andreu.—José Arijá.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrán.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Cabriny.—Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusi.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres.—Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Sans Castaño.—Arturo Serriá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

Músicos: Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Fermín M. Alvarez.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

¡BAILE DE MASCARAS! por XAUDARÓ.



—¡Adiós, Pepito Listo! ¡vas á ser mi pareja de baile! ¿verdad?... No me mires porque no me conocerás!
—¿Que no? ¡Tú eres Encarnación!



—¡No seas pesado, hombre, no soy Encarnación!
—¿Irás mañana al baile de artistas?
—¡No tengo disfraz! ¿Me compras uno?



—¡Uno y mill! ¡los que quieras!
—Me basta con que me des treinta duros, ¡pero ha de ser ahora mismo!
—¿No quieres cenar? ¡Pero quítate la careta!

ESTELA & BERNAREGGI

Sala de Conciertos = Cortes, 275 = BARCELONA

PIANOS Y HARMONIUMS

ALQUILER = CAMBIO = VENTA A PLAZOS





LITOGRAFIA M. PUJADAS. BARCELONA

Fot. de A. y E. F. dits Napoleón

EXCMO. SR. CONDE DE CASPE, CAPITAN GENERAL DE CATALUÑA

En abono de este bravo militar, que ostenta uno de los apellidos más ilustres del Principado en cuya capital vió la luz primera, basta decir que no sólo ha honrado su noble origen, sino que lo ha enaltecido con méritos personales, dignos del mayor respeto y consideración; conquistando legítimamente, con la punta de su espada, las condecoraciones y el alto mando de que se halla revestido en la actualidad.

Desde que ingresó como alumno en la Escuela Especial de Estado Mayor, dando muestras de una superior inteligencia, don Eulogio Despujol, ha luchado constantemente contra los enemigos de la legalidad; distinguiéndose por su arrojo, mientras fué subalterno, y por su pericia, cuando de él dependió el éxito de una acción.

En Africa primero, luego en Cuba, después en Santo Domingo, y por último en la Península, durante las pasadas guerras civiles, de triste re-

cuerdo, combatió sin descanso años y años; ganando uno por uno todos los grados de su carrera, hasta el segundo entorchado que hoy adorna la bocamanga de su uniforme.

En su hoja de servicios hay una página de que pocos pueden vanagloriarse: no ha sabido nunca lo que eran conspiraciones, ni se ha sublevado jamás.

Aparte del aprecio con que distinguen los catalanes á un paisano de tal valía, su capitán general ha logrado atraerse las simpatías de todos, por la afabilidad de su carácter, su natural benevolencia y su recto espíritu de justicia.

El ALBUM SALÓN se honra consagrándole esta página, como humilde tributo á sus merecimientos.

DIAS DE CAMPO

(MONOLOGO)

CUANDO me vi sola con él, en nuestro reservado de primera, no pude menos de lanzar un suspiro de satisfacción. Digo que íbamos solos, y no es completamente cierto: venía también su madre, que había asistido á la boda; pero esta compañía no significaba gran cosa, porque á la media hora de camino se durmió la buena señora con la mayor tranquilidad del mundo, como si yo no estuviera allí. ¡Dios se lo pague! La verdad es que su presencia me embarazaba un poco: cuando nos miraba alternativamente á su hijo y á mí, con aquellos ojillos dulces é insistentes que caracterizan su cara, yo concluía por ponerme roja como una cereza.

Pues la buena señora oyó el suspiro.—«¿Qué tienes?» preguntó. No la contesté, naturalmente. ¿Cómo decirle que era un suspiro de satisfacción, con el cual se iba la última duda que la aparente formalidad de su señor hijo no había conseguido arrancar de mí hasta que me vi casada de veras? El me quería mucho, ó á lo menos así lo decía; pero ¡le costó tanto casarse! ¡Cinco años de noviazgo! En fin, ya estaba hecho.

Al principio, charlamos de cosas indiferentes, aunque yo bien veía la emoción que le embargaba en el ligero temblor de sus labios y el movimiento incesante de sus pies: ¡dos cosas que he notado tantas veces!... En cuanto mamá se durmió, Ricardo se vino á mi lado. Yo estaba muy tranquila, es decir, mucho no; pero sin nada de esos temores que consideran las gentes como característicos del día de novios. Llevábamos ya cinco años de vernos todos los días, de estar juntos, de charlar por los codos y en intimidad perfecta. ¿Por qué había de asustarme de verle á mi lado? Se estrechó contra mí y yo no supe impedirlo. En justicia, debo decir que fué muy prudente. Después de mucho vacilar, sólo me dió un beso, muy largo, muy largo y muy callado, para que no se despertase mamá. Debí de ponerme muy colorada, pero tampoco tuve miedo... ¡Ay, Dios mío! si he de ser franca, diré que no era este el primero, que antes me había ya robado otros... ¡Estuvo mal hecho? Mamá decía que sí; pero mamá no estaba enamorada de Ricardo...

Dejemos esto. Mi intención es recordar otra cosa que no olvidaré nunca: nuestro primer día de matrimonio en el campo.

A las cinco y media de la madrugada llegamos á nuestro destino, un puercecito precioso de Levante, cerca del cual tiene Ricardo una quinta de recreo. Mi marido —¡ya podía llamarlo así!—se había empeñado en que pasáramos en ella los primeros días de matrimonio. A mí también me halagaba la idea, sobre todo por huir de la gente que, ¡válgame Dios!, es tan fastidiosa... No sé qué les hubiera hecho á mis primas cuando vinieron á despedirme. ¡Estaban tan cargantes con sus sonrisitas, sus medias palabras!... La mamá también me dijo no sé qué cosas raras que no entendí bien, pero que me impresionaron mal.

Vuelvo á mi asunto. Atravesamos las calles del pueblo, aun iluminadas por las luces de gas, en un mal cochecillo que se balanceaba horriblemente. En casa de Ricardo descansamos un poco y nos desayunamos. El se empeñó en que durmiese yo unas horas, retrasando la salida á la huerta; pero no quise ¡Qué diría su madre! Era demasiada confianza, tan pronto. Además, lo que la buena señora necesitaba era que la dejásemos tranquila. ¡A ella sí que le hacía falta dormir!... ¡Y qué feos me parecían los muebles de aquella casa!

En fin, á las ocho, emprendimos el viaje. Iba con nosotros tan sólo una criada vieja, que había visto nacer á Ricardo. El la hizo montar afuera, con el cochero, y nosotros dos quedamos en el interior.—«Con tal que Ricardo no haga tonterías y me ponga colorada», pensé.

En Octubre todavía hace calor en aquellas tierras: al menos yo lo sentí mucho durante el camino, quizá por el ardor que da una noche de insomnio en el tren. Ricardo, sentado junto á mí, me llamaba la atención hacia todos los accidentes notables del terreno, y de vez en cuando, me cogía una mano y me la apretaba mucho, mucho; pero, hay que hacerle justicia, no pasó de ahí, sin duda para que yo no me sofocara ó para que no se enterase el cochero...

Llegamos á la casa antes de las diez. No hice más que quitarme el sombrero y nos fuimos á recorrer el campo, muy armada yo de sombrilla, por supuesto. Como la casa está edificada sobre una altura y cerca del mar, corría por allí un vientecillo Levante muy agradable. Los caseros, tan viejos como la criada, nos hicieron los honores del jardín, que es pequeño pero muy bonito, con su cenador cubierto de jazmín y hiedra, sus macisos de claveles y heliotropos, y una calle de rosales. Al final hay un emparrado magnífico. Los racimos maduros, dorados los unos, negros los otros, colgaban de lo alto, y parecían decir «comedme». ¡Si yo hubiera estado sola!... Pero me dió vergüenza pedir nada delante de extraños, y á Ricardo ni aun se le ocurrió ofrecerme un grano de uva. Indudablemente, el matrimonio hace decrecer la galantería de los hombres. Luego fuimos á ver el olivar y la pinada, pero sin acompa-

ñantes. Ricardo envió á la casera por pan tierno, á la aldea, que dista un kilómetro, y al casero le dijo no sé qué, de seguro un pretexto para que se alejase.

Echamos campo á travieso. En unos lados había pares de mulas arando la tierra, en otros, grupos de hombres cavando el rastrojo. Cuando pasábamos cerca, nos saludaban, y yo les conocía la gana de pararnos y de charlar con el señorito, para de paso, ver bien á «la señorita». ¡Ya sé yo como las gastan los labradores! Pero Ricardo parecía tener menos afición que yo á la compañía, y no se detuvo ni una vez.

—Y a nos veremos, tío fulano. Y seguía adelante, dándome un empujón en la espalda.

El olivar es muy grande y está bien cuidado. Empieza en una hondonada y va subiendo, subiendo por un cerro de pendiente suave, en la cima del cual hay pinos, muchos y muy espesos.

No sé por qué, me dió la corazonada de no subir tan alto.

—¿Y vamos á ir allá arriba?—pregunté á Ricardo parándome de pronto.

—¿Por qué no?—dijo melosamente mirándome y sonriéndose como él sabe que á mí me gusta. Es un sitio admirable, muy fresco. Se goza desde él de una vista preciosísima. Verás todo el mar, hasta el cabo de San Antonio, las Baleares,... en fin, muchas cosas.

Estoy segura de que mentía. No podrán verse desde allí tantas leguas; pero así y todo flaqueé un momento y estuve á punto de ceder. Pero la corazonada apretó más fuerte y me rehice. ¿Quieren ustedes que diga toda la verdad? Pues tenía miedo... De mi marido. Sí, señores, de mi marido. De seguro me echarán ustedes en cara ahora que esto era una inconsecuencia. Cuando íbamos en el tren, no tuve miedo de Ricardo, y aun me parecía muy natural no tenerlo, por tales y cuales razones que expresé en su lugar oportuno. Bueno, verdad es; pero distinguamos. En el tren no íbamos enteramente solos, ni había pinos, ni soledades... ni labradores que miran desde lejos y todo lo ven... Y en fin, ¿qué quieren ustedes que yo le haga, si entonces me parecían las cosas de otro modo y me venían á la



Perry

J. S.

memoria aquellas advertencias misteriosas de mi madre que antes dije? Además, ustedes no se hacen cargo de que los nervios no están lo mismo antes de emprender el viaje que después de una noche pasada en vela casi toda... Pero si continuo dando explicaciones no voy a contar lo que sucedió luego.

Cuando Ricardo se convenció de que no valían coplas —sé tener energía cuando llega el caso, y nada más enérgico que el miedo — propuso que volviésemos atrás.

Eso sí. Para endulzarle la derrota, me cogí de su brazo, y hasta me dejé caer un poco. El me lo agradeció con una mirada tan tierna, tan tierna, que me dió ganas de reír. No sé por qué han de parecerme ridículos los hombres cuando se enternecen; pero así es, y no puedo remediarlo.

Llegamos a la casa. Benita, la criada vieja de mi marido, nos esperaba impaciente delante del jardín.

— Han dado las doce, señorito, ¿echo el arroz? — preguntó.

— Sin duda — dijo Ricardo. ¿Está puesta la mesa?

— Muy poco falta.

Renqueando algo, la pobre anciana, — simpático ejemplar de aquellas criadas fieles, apegadas a los amos, que ya se van perdiendo como cosa antigua y fuera de moda, — volvióse a su cocina, que está en el piso alto, junto al comedor.

Ricardo y yo subimos también. Ahora que me veía bajo techado, lejos de aquellos pinos tan espesos, tan misteriosos, había recobrado la confianza y el buen humor. Comencé a bromear con mi marido, le empujé sobre la baranda de la escalera y hasta me permití pegarle en un hombro. El se reía con aquel aire bonachón que Dios le ha dado y que transfigura completamente su cara de ordinario tan seria y grave. Conforme hablábamos iba yo animándome, animándome, cada vez más tranquila, más alegre, capaz de mayores atrevimientos. Cuando quise reponerme, noté que ya no era posible. Se había apoderado de mí una de esas explosiones de contento, de travesura, de «chiquillería», como yo les digo, que me cogen a veces y me convierten en una criatura sin juicio; pero con tan buen humor que nadie podía estar serio a mi lado. Así que se me pasan esos arrebatos, me da rabia haber cedido a ellos; pero cuando vienen de veras, no hay medio de huirles el bulto. ¡Cosas de los nervios! Y aquel día, no me faltaban razones: la noche casi en vela, los dos viajes, el casorio, mi marido, el campo... (Ya creo que he dicho esto otra vez). Lo cierto es que entré en el comedor riendo y brincando como una loca. Todo me hacía gracia, en todo hallaba motivo de burla y de júbilo.

El comedor es grande, con ventanas a Norte y Sur, pero tan destartado, ¡Dios mío! En los buenos tiempos de la familia, cuando vivían el padre de Ricardo, sus tíos, tías, hermanas, etc., etc., aquella quinta era un paraíso, y una grillera también, probablemente. Reuníase allí toda la parentela, desde Mayo a Octubre; y como la casa es muy capaz, todos se acomodaban. No faltaba nada de cuanto era menester. Cada cual había ido enviando, poco a poco, los muebles más antiguos o menos presentables de su respectiva casa de la ciudad; y el mobiliario era completísimo, aunque heterogéneo, desparejado y lleno de defectos. En el campo todo sirve y todo se disimula.

Pero aquellos tiempos pasaron; la parentela disminuyó, envejeció, fué dispersándose. Murieron unos, imposibilitáronse otros, algunos mudaron de residencia. Quedó en la capital únicamente, en disposición de moverse y hacer viajes, la madre de Ricardo, viuda, anciana, llena de pesares. Durante los años de estudios de mi marido, en Madrid, pasábase muchos veranos sin ir al campo. Descuidóse la casa, regaláronse y se rompieron muebles, se trasladó vajilla y colchones a la ciudad...

¡Bien se conocía la decadencia! El comedor que, como dije, es grande, no conservaba más que un armario de dos cuerpos, el segundo acristalado, que servía de aparador, una mesa de caoba, antigua, y media docena de sillas no todas iguales. Notábase que Benita había procurado barrer y quitar el polvo, pero aun quedaba, no poco; y en el techo, altísimo, adornaba las vigas más de un festón de tela de araña.

Ricardo no veía nada de esto. Para él, aquella casa, nido de recuerdos infantiles, era la suma perfección. Además, entonces, le faltaba tiempo para mirarme a mí; y yo, no hallaba en todas aquellas vejeces y descuidos más que asunto para broma... Recorrimos las habitaciones, que olían a humedad. A mí siempre me ha molestado ese olor; pues bien, entonces me parecía hasta agradable, como sello augusto de la casa solariega... de mi marido. La variedad de muebles era constante. En la sala había una consola estilo Imperio, muy bonita, con los dorados ennegrecidos por el tiempo, y un piano de menos edad, sin duda. Lo abrí, me senté en el taburete y toqué lo que se me vino a la memoria. ¿Qué sé yo? Polkas, valse, trozos de sonatas, temas de Wagner... ¡Cuando me da la locura!

Toda aquella zambra se acabó en cuanto Benita nos llamó a la mesa. Fuimos allá. ¡Dios bendito! Ricardo se quedó helado al ver la disposición de la mesa. Platos había, hasta seis, y dos copas, aunque desiguales, para agua; para el vino solo había una, ¡cómo la señora no bebía! y los cubiertos tenían cuchillos con mango de madera. En el centro, la gran cazuela llena de arroz con pollo humeaba; pero ¡ay! no había cucharón para servirse. Yo también me quedé parada ante aquel pobrísimo ata-

vío; pero en seguida, viendo a Ricardo que permanecía callado, con gesto de disgusto y de sorpresa, me dió risa y estallé en carcajadas; hallando también en aquel lance motivo para broma.

Benita respiró un poco al oír mi risa y comenzó a dar explicaciones:

— Perdonen los señoritos... Ha sido un olvido mío. Ya me dijo la señora: «¡Llévate cubiertos y vasos y platos!»... Aquí ya no queda nada... Como el señorito apenas venía y la señora menos... Antes era otra cosa... La señorita disimulará, ¿no es eso?

— ¡Vaya que disimulaba la señorita! Lo que ella tenía era un hambre atroz y una alegría atroz también de verse allí sola con su marido, haciendo su primera comida de casada, inaugurando la nueva vida, llena, a su parecer, de misterios y sorpresas.

Acometimos el arroz con gran furia, y en mi vida he comido con más gusto y ansia. El vino lo bebíamos en la única copa disponible; y ¿qué he decido? sentía yo una extraña delicia en poner mis labios en el mismo punto en que Ricardo los ponía; deteniéndome un momento antes de beber, como saboreando aquella sensación.

Con el vinillo aquel, tan espeso y obscuro, ¡claro es! aumentó mi alegría. Así que, cuando concluído de comer el arroz, salieron a plaza huevos con tomate, que a mí no me gustan, los acogí con nueva carcajada.

Ricardo volvió a disgustarse.

— ¿Por qué has hecho esto?... No le gustan a la señorita... Haberme avisado.

— No lo sabía, no lo sabía; — contestaba Benita en el colmo del apuro.

Traté de calmarlos, de distraerlos.

— Comeré cualquier otra cosa, una chuleta.

Benita me miró con aire desolado, abriendo mucho los ojos.

— ¿No hay chuletas? exclamó mi marido. Pero ¿qué manera de preparar la comida tienes? ¿Cómo no has previsto esas cosas?

La pobre vieja, aturdida, no sabía qué contestar; pero mi buen humor lo venció todo.

— ¡Gruñón, mala persona, fastidioso! Deja a Benita. ¿Qué culpa tiene ella? Eso usted, señor marido; a usted como hombre galante tocaba pensar en las necesidades, en los caprichos, en los gustos de su mujercita.

Y le di una palmada fuerte, todo lo fuerte que pude, en un brazo. En seguida me levanté.

— No tengo más ganas, — dije. Se acabó la comida.

— Eso no puede ser, — contestó Ricardo. No has comido apenas.

— Te parecerá a tí. Estoy hinchada de arroz y no tengo más apetito.

Y decía verdad. De lo que yo tenía ganas en aquel momento era de correr, de saltar con Ricardo, de cogerle, de darle pellizcos... y de que me cogiera él y me apretase un poco, así como lo había hecho en el tren.

Poniéndole las manos sobre los hombros y mirándole muy fijamente, le dije, aparentando seriedad:

— ¿Quieres tú complacerme?

— Pues no, que no.

— Entonces vámonos al jardín, bajo de la parra. Me apetece comer uva.

Se echó él a reír. Me cogió del talle, y, con grande estupefacción de Benita, salimos del comedor corriendo como dos chiquillos.

En un santiamén estuvimos en el emparrado. Me senté en el suelo, sobre la yerba, remangando el vestido para que no se manchase, pero cuidando de que no se me viese mucho la enagua.

Ricardo cortó con su navajita un racimo; y empezamos a desgranarlo, él por un lado, yo por otro. Le ofrecí uno de los granos arrancados por mí y cuando se lo puse en la boca me besó los dedos. Un exalofrío me sacudió el cuerpo todo. Sin repetir la prueba, seguí comiendo, comiendo... ¿Qué sé yo cuánta uva comería?... Luego comencé a sentir sueño. El sol, que caía aplomo y calentaba bastante; el chirrido de las cigarras, el zumboneo de las moscas y moscardones... ¡todo me daba una modorra!

Ricardo había dejado de coger granos y me miraba mucho, acercándose a mí suavemente, ¡con unos ojos!... Cuando estuvo juntito a mí, tocándose las cabezas, alargó un brazo. Sentí que me tomaba la cara, que acercaba la suya...

De lo demás ya no me acuerdo. Sólo sé que, a pesar de la falta de copas para el vino, de cubiertos de plata, de chuletas, de muebles cómodos, y a pesar de nuestro primer proyecto de volver a la ciudad aquella noche, pasamos en el campo quince días.

La mamá nos envió muchas cosas, cuando supo que nos quedábamos; pero a todo hicimos poco honor. La mesa llena de faltas del primer día, me había parecido mejor que las del Palacio Real, y desde que fué asemejándose a la mesa de casa, tan ordenadita, tan metódica (¡digo, si es metódica mi madre para la mesa!) ya no me gustaba tanto, ni a Ricardo creo que tampoco. Optamos por comer bajo del emparrado y ¡ah! es nada el consumo de uva que hicimos los dos!

Desde entonces, la vid es mi planta favorita.

RAFAEL ALTAMIRA





SALIDA DEL BAILE

LAS CHISPAS

ROMANCE

I

Eran dos mozas de empuje,
guaponas, blancas y finas,
con dos ojos azules
que hablaban, que enloquecían.

Frescas, como gayas rosas;
coloradas, como guindas;
sanas, como las manzanas,
y como los oros, limpias.

En el andar, muy ligeras;
en el hablar, muy esquivas;
en el bailar, muy saltonas,
y muy devotas en misa.

Con zuecos y triquiñuelas
y palabras evasivas
contestaban á las frases
de los que bien las querían.

Con su madre, setentona,
que perdió marido y vista,
una choza humilde y blanca
al pie del Canal habitan.

Choza con parral y pozo
y muy frescas hortalizas,
según la sabia opinión
de los Padres Carmelitas.

La una se llamó Andrea,
y la otra, Rosalía;
pero el pueblo las llamaba,
ignoro el por qué, las Chispas.

Un señor de buen pelaje
que vestía chupa fina,
tricornio, medias de seda
y zapatos con hebillas;
persona grave y sesuda,
muy consultada y leída,

muy dado á las matemáticas
y muy docto en Teología;
emprendedor como pocos,
terco, de mirada altiva,
respetado en Zaragoza
y temido en Cinco Villas;
todas las tardes sus pasos
á Torrero dirigía
y á descansar del paseo
entraba en casa las Chispas.

Bajo el parral conversaba
con la madre y sus dos hijas
tomando pausadamente
el *agasajo* de Indias.

II

Una tarde el buen señor
entró en casa Juan Encinas,
el herrero más zumbón
que en Santa Engracia vivía.

Era una tarde de invierno,
rondaban las pulmonías,
el sol se ocultaba el rostro
y el viento al pasar gemía.

El hidalgo colocó
junto á la fragua su silla,
murmurando: ¡Está la tarde
destemplada como fría!...

Después se habló del canal,
de los Padres Jesuitas,
de Aranda y Floridablanca,
del culto á la Pilarica.

Sacó un hierro de la fragua
el maestro Juan Encinas,
y dándole un martillazo

exclamó con voz ladina:

—Mi respetable señor,
retire un poco la silla,
que queman más que las otras
esas condenadas chispas.

El varón, siguió el consejo,
y con amable sonrisa
ensalzó á su bella esposa,
á su importante herrería,
y estuvo cual nunca amable,
galante con la familia.

Y al dar el toque de *queda*
se levantó de la silla,
y encendido el farolillo
salió á la desierta vía,
y embozado hasta los ojos,
luchando con la neblina
llegó á su casa, cenó,
rezó las Aves Marías,
se acostó, alargó el brazo
y apagó la lamparilla.

III

Pasó un mes. Una velada
cuando el barrio recorrían
los cofrades del Rosario,
cantando las letanías:
llamó el hidalgo á la tienda
del maestro Juan Encinas,
y á la luz de un candelero
le leyó larga misiva,
en la cual le suplicaba
un regidor de Velilla,
que hiciera hacer dos grilletes;
mas sin decir la medida.

—Se harán, contestó el herrero,
pero sí descarta
saber la medida justa
de los grilletes.

—No implica.

Los ajustas á tus pies.

—Es que holgaren sentiría.

—¡Qué diablo! hierro al fuego;
ya darás con la medida.
¿Y estarán listos?

—Mañana.

—Pues hasta mañana, Encinas.

Cumplió el herrero el encargo,
volvió á la tienda el usía,
y mirando los grilletes
exclamó: —¡Son cosa rica!...
¿Tienen llave?

—Sí, señor.

—Pues veamos la medida.

—Resulta exacta.

—Muy bien.

Y el buen Juan, con alegría
se puso los dos grilletes
delante de su familia.

Tomó el hidalgo la llave,
cierra los grilletes, silba,
entran un par de corchetes,
y cogiendo á Juan Encinas
por el cuello, se lo llevan
derecho á la Aljafería
y de allí pasó á galeras
do perdió el humor y vida.

Y el prohombre, cada tarde
á Torrero se encamina,
toma el chocolate, bebe
y conversa con las Chispas.

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS

J. M. TAMBURINI

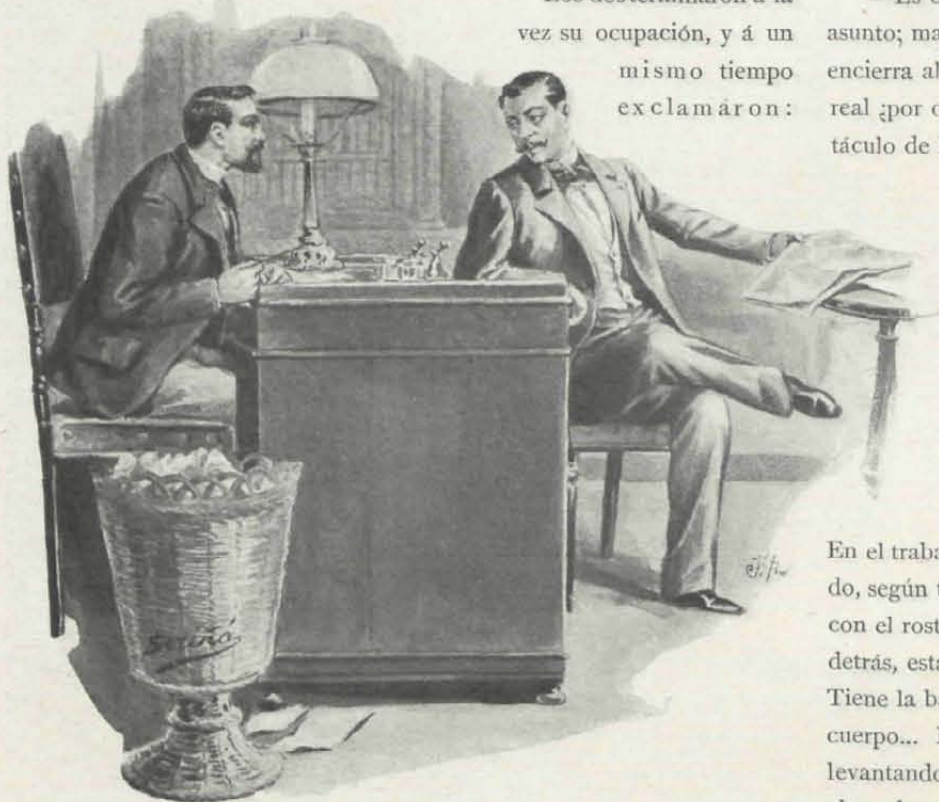


MIGNON

ASUNTO GASTADO

MIENTRAS Gonzalo concluía de escribir una carta á su pobre madre, que allá en el pintoresco pueblecito natal esperaba el regreso de su hijo, victorioso de su lucha por la gloria, en el terreno del arte, Enrique acababa de leer un artículo inserto en el periódico que escogiera para entretenerse.

Los dos terminaron á la vez su ocupación, y á un mismo tiempo exclamaron:



Gonzalo satisfecho y sonriendo con dulzura:

«—¡Ya está! Enrique, tirando el periódico con enojo sobre el cercano velador. «¡Jesús, qué malo es eso!»

Miráronse un instante con fijeza, y Enrique, continuó:

—Me refiero al artículo de X... que publica esa hoja literaria.

—¿Y opinas que es malo?

—Opino que no me gusta.

—Bien dicho... y mal juicio el tuyo.

—Encuentro precipitada la acción... No hay palabras bonitas ni párrafos redondos, ni...

—Ni debe haberlos... X, es un colorista—realista... á su modo; mejor dicho, original. En su concepto, que es el mío, la descripción ha de ser breve, gráfica, apuntando solamente los trazos de más color, los que con más precisión dan exacta idea de lo que se describe... Todo adorno retórico estorba, huelga, casi es perjudicial, pues distrae la atención del que lee. Hay que producir, describiendo, el mismo efecto que nos produciría lo descrito al contemplarlo. La naturaleza, el cuadro, la fotografía... todo lo vemos por entero al primer golpe de vista; debemos, por lo tanto, procurar que nuestras palabras abarquen tanto, y con tanta rapidez, á ser posible, como la vista, condensando en el verbo, acción, movimiento, vida; dando con el adjetivo color, y con cada frase, en fin, un rasgo del original ó una oleada de su ambiente, para que el lector vea analizado ó analice á su vez, lo que el artista pinta con la palabra. El que lee, ejerce de curioso que penetra en el estudio de un pintor (estudio que en nuestro caso es el libro) y ve como cada mancha que sobre el lienzo extiende el pincel, es un trozo de lo real, trozos que se unen, se completan, y forman el cuadro que, al fin, contempla con admiración. El escritor, pues, debe hacer lo mismo, teniendo la pluma por pincel, por paleta el idioma y por colores sus palabras, que unidas unas á otras formen la línea, la luz, el color, la armonía, todo, y lo hagan *ver* á la inteligencia, tan pronto á ser posible, como podríán verlo los ojos en lo real. La mirada no ve detallado, al pronto, el conjunto; la inteligencia ha de *ver* forzosamente todos

los detalles, en lo reproducido por medio de la palabra. Ventajas de la pluma sobre el pincel y de la inteligencia sobre los sentidos.

Enrique quiso atacar aún á X...

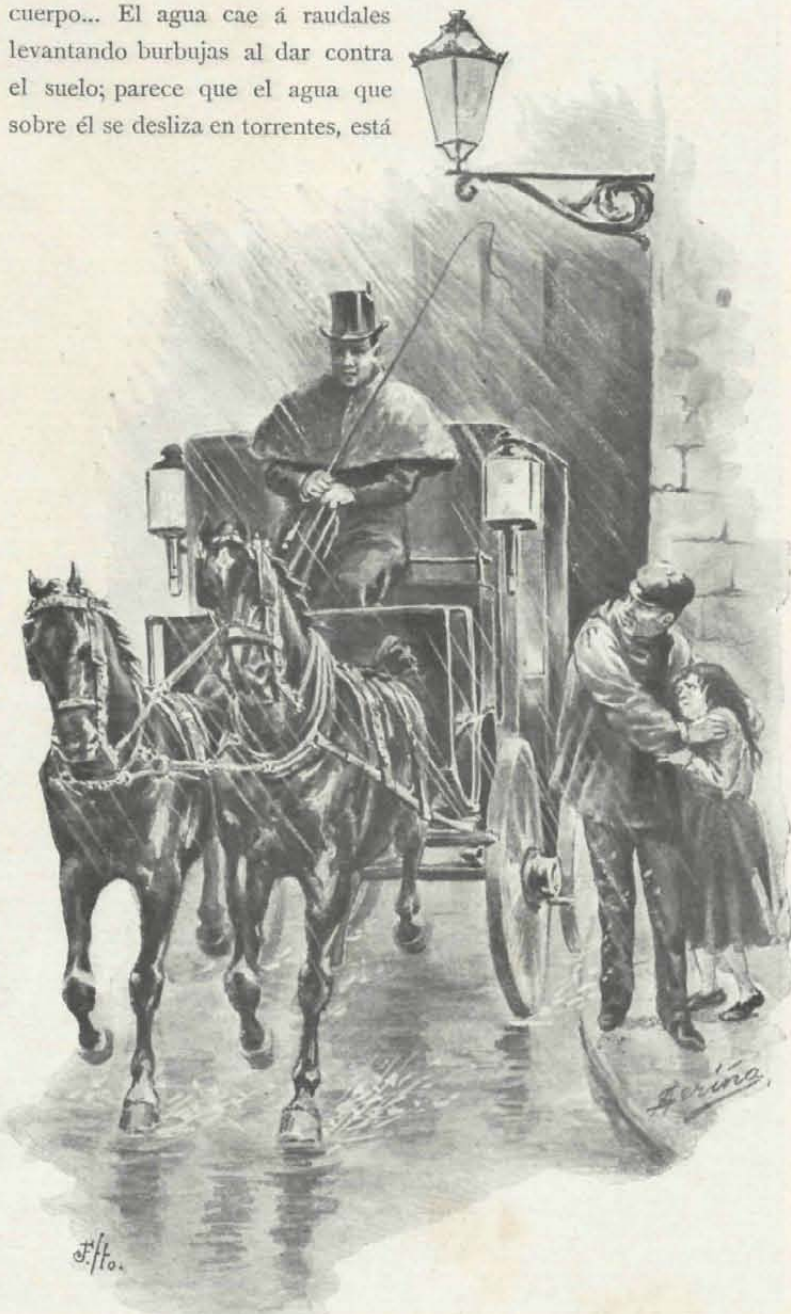
—¿Y el asunto del trabajo? No tiene la menor novedad, es un asunto viejo, cursi, tratado por todos los románticos llorones...

—Es cierto que se han escrito muchos artículos tratando ese mismo asunto; mas no importa. Cuando un hecho transcendental ó heroico que encierra algo doloroso, noble ó tierno, se repite incesantemente en la vida real ¿por qué no se ha de poder repetir en la vida del arte? Si el espectáculo de lo noble y de lo bello, despierta emulaciones y sentimientos generosos, describamos nosotros eso mismo, una y cien veces, para lograr idénticos resultados.

—Pero con eso nada gana el arte.

—Al arte le basta la *manera* del artífice, la *factura*, como diría un pintor. El arte no está en el asunto; éste es independiente de aquél; y revelador tan sólo de la potencia imaginativa. El artista se revela lo mismo en un cuadro *imaginado* que en una copia de lo visto ó lo *vivido*; casi estoy por decirte que en la copia de lo real se revela más, pues en lo *imaginado*, se corre el riesgo de caer en el convencionalismo.

En el trabajo de X tienes una prueba. El asunto es vulgar por lo manoseado, según tú: «una muchachita de seis años, paliducha, flaca, enfermiza, con el rostro sucio, los cabellos enmarañados por delante, y en trenza por detrás, está en pie, arrimada á solitaria esquina y bajo la luz de un farol. Tiene la barbita pegada al pecho, los bracitos colgando á lo largo del cuerpo... El agua cae á raudales levantando burbujas al dar contra el suelo; parece que el agua que sobre él se desliza en torrentes, está





hirviendo... Un obrero, único transeunte que acierta á cruzar por allí, la ve: «— ¿Qué haces ahí? ¿No tienes casa? ¡Pobre!... Aparta... ¡Contra! casi nos atropella ese coche... ¡Cómo nos ha puesto de barro! ¡Hasta los coches de los ricos, escupen á los pobres!...»... «Bueno... vamos, tápate con mi bufanda... En la taberna nos partiremos la cena». Y dos horas después cuando la lluvia cesó ya, y la luna brilla en el firmamento, se les ve aparecer juntos en la misma esquina, riendo alegremente: «¡Eal ya no llueve... Hasta que Dios quiera... Oye: ¿me das un beso?... ¡Besarme la mano!... Quitá tonta, eso á los ricos... ¿Qué me lo pague Dios?... ¡A los ricos también! Nosotros nos pagamos así... ¡Toma otro beso!» Y repitiendo «¡hasta que Dios quiera!» el obrero se aleja con

las manos en los bolsillos del pantalón, y la niña, se queda jugando en cuclillas con el agua terrosa de un gran charco que el frío guadarrama riza en pliegues luminosos semejantes á líneas de plata, á través de los cuales se ve, allá en el fondo, la esquina, el farol, la niña, todo movable, todo del revés.

Gonzalo terminó su defensa de X, diciendo con firmeza:

—¡Asunto gastado! Lo que en la vida real *no se gasta*, lo que en ella es

eterno, eterno debe ser en el arte... A éste le basta... *el arte* con que cada artista haga vivir lo real.

LUIS DE VAL

ADIOS A LA POESIA

¡Esplendente Poesía,
virgen de ojos de cielo,
que de luz tiene el alma
y la sangre de fuego!
Ya en ardientes caricias
y febriles excesos,
ó ya en castos coloquios
y fantásticos sueños,
yo reí con tus risas,
yo temblé con tus besos,
hallé amor en tus ojos
y calor en tu pecho.

Yo escuché tus arrullos
y busqué tus secretos,
ya en el cielo apacible,
ya en el mar turbulento;
ya en la vieja muralla
donde vagan á trechos
de la loma los rayos,
como formas de espectros;
ya en las recias columnas
de los clásicos templos
ó en las ruinas musgosas
respetadas del tiempo;
ya en los bosques profundos
donde el nido escondieron
entre ramas y aromas
pajarillos parleros;
ya en las verdes llanuras
ó en los montes soberbios,

ya en los santos amores
ó en los locos deseos;
ya del hombre en las rudas
tempestades sin freno,
¡ya en amar lo imposible
ó en soñar sin objeto!

Yo viví dulce vida
de delirios y ensueños,
y hasta hallaba esperanzas
en la paz de los muertos.
Yo aplacaba las ansias
con cantares serenos
y espantaba las penas
con llorarlas en verso...

Y hoy, que viene la vida,
con brutales apremios,
á imponerme las leyes
de sus tristes decretos;
hoy, que luchas urgentes
solicitan mi esfuerzo
y las horas que pasan
se me llevan el tiempo,
¡con qué sorda tristeza,
con qué gran desconsuelo,
con qué angustia y qué frío
de tus brazos me alejo,
esplendente Poesía,
virgen de ojos de cielo
que de luz tiene el alma
y la sangre de fuego!

RICARDO J. CATARINEU

CURIOSIDADES MUSICALES

EL CUARTETO DE CUERDA

SON muchos los profesores y aficionados á la música instrumental de cámara que al empezar á oír un cuarteto de instrumentos de arco, compuesto de dos violines, viola y violoncello, experimentan una sensación poco agradable al oído, algo que parece resultado de pobreza harmónica, aunque toquen á cuatro partes y éstas estén bien escritas. Al cabo de un rato, la sensación desaparece y el que oye se acostumbra á aquella sonoridad; pero existe el fenómeno singular de que cuando por la adición del contrabajo el cuarteto se convierte en quinteto, el equilibrio harmónico se restablece, no se percibe aquella sensación de pobreza harmónica y la sonoridad del conjunto satisface completamente. Como tantos otros, había yo hecho esta observación y la había comunicado con otras personas que habían recibido la misma impresión, sin que ninguno de nosotros pudiera explicar ni comprender la causa de este hecho singular.

Hoy creo poder explicarlo diciendo, que si llamáramos cuarteto vocal perfecto á el conjunto de dos sopranos, un contralto y un bajo no estaríamos en lo cierto; puesto que reproduciéndose la voz humana en el hombre á la octava baja de la de la mujer, faltando el tenor, no hay verdadero cuarteto. Tal sucede en el de instrumentos de arco, donde tenemos dos sopranos con el mismo timbre y diapason, violín primero y segundo, la viola, cuyas cuerdas do, sol, re, la, están á la octava superior de las del violoncello ó bajo, faltando por consiguiente el tenor ó sea un instrumento acordado sol, re, la, mi, á la octava inferior del violín. Por esta razón cuando se añade el contrabajo, el violoncello, á pesar de su acorde, se convierte en tenor, restableciendo el equilibrio harmónico. Este instrumento tenor del cuarteto ha existido, y por razones que no es fácil explicar hoy, ha desaparecido y caído por completo en desuso antes de Haydn, es decir, antes de la existencia de la música conocida con el nombre de cuarteto de cámara para instrumentos de cuerda y arco, y ni aquel ilustre compositor, ni Mozart, ni ninguno de los que vinieron después, cayeron tal vez en la cuenta de esta falsa disposición. ¿Cómo se llamaba este instrumento tenor? No me atrevo á precisarlo; pero me inclino á creer que era la *viola di gamba* y se tocaba sobre la rodilla. De que existió, no cabe duda, examinando los cuadros de Brengel (de velours) del Museo de Madrid, que representan la colección de pinturas, objetos de arte é instrumentos de música del archiduque Alberto. Allí se ve claramente pintado uno más grande que la viola y más chico que el violoncello, y al verlo se me ocurrió por primera vez la idea de que si el bajo instrumental estaba acordado á la octava inferior del contralto ó viola, natural era suponer que el tenor guardase la misma disposición respecto al soprano ó violín primero; pero como la pintura no bastaba para confirmar tal suposición, pasaron muchos años hasta que

en el Museo germánico de Nuremberg tuve la suerte de tener en mi mano el instrumento en cuestión, cuyas cuerdas, como había supuesto, estaban acordadas á la octava baja de las del violín.

Se explica fácilmente que Haydn diera preferencia al segundo violín sobre la viola en sus obras. En su tiempo, sólo los artistas que tocaban el primer instrumento tenían el mecanismo necesario para ejecutar pasajes difíciles y para subir á los más agudos sonidos de la escala musical, como lo prueba la poca importancia que el gran compositor dió á las partes de viola y violoncello en sus cuartetos, y en cuanto á la primera, sabido es el papel subalterno que ha tenido en la orquesta hasta hace muy pocos años. De manera que caído en desuso el tenor instrumental y no disponiendo de hábiles violistas, y tal vez teniendo en cuenta el timbre velado y poco brillante de la viola, se constituyó el cuarteto instrumental tal como hoy lo conocemos. Hay que observar, sin embargo, que en las obras de Bach y de Haendel, la música escrita para viola tiene la misma importancia y dificultades que la de violín, lo cual prueba que existían artistas capaces de ejecutarla. ¿Existe musical instrumental á cuatro partes anterior á Haydn, en que la *viola di gamba* ejecute la parte de tenor? Lo ignoro; porque no he tenido ocasión de verla, ni aun de buscarla.

Ahora bien, partiendo del principio de que la adopción de este instrumento daría un cuarteto más semejante al que dan las voces humanas, ¿sería conveniente su empleo en la música sinfónica y en la de cámara? En el primer caso, creo que puede contestarse afirmativamente; porque hoy se dividen los violines en tantas partes que no puede mantenerse rigurosamente la división de primeros y segundos, y en el nutrido grupo de instrumentos de arco de una orquesta moderna, el tenor ó *viola di gamba* daría un nuevo elemento para la sonoridad homogénea. En cuanto al cuarteto de cámara, sería elemeinto escribir obras *ad hoc*, ó adaptar las antiguas que más se prestaran á la nueva disposición. La experiencia demostraría si, á pesar de su timbre, la viola, en manos de hábil artista, podía suplir con ventaja al segundo violín; pero, ¿quién tiene autoridad para imponer cambio tan importante? Sucede en esto algo semejante á lo ocurrido con la notación musical, cuestión de que hablaré otro día en este mismo sitio. Muchos sistemas se han ideado para hacerla más sencilla; pero es preciso renunciar á leer todo lo escrito por el actual sistema, y no pudiendo reimprimirse tal cantidad de música, si se aprende la notación usual, para nada sirven los sistemas nuevos.

Creo, sin embargo, que debe hacerse el ensayo del cuarteto ó quinteto de arco reformado, con ó sin la supresión del violín segundo, pero con la adición del tenor.

G. MORPHY

F. BRUNET Y FITA



CATEDRAL DE AVILA

LA FIESTA DE SAN ANTON

Es á no dudar, una de las más típicas, ó por mejor decir, la única en su clase. Data de época inmemorial y cabe creer que no se perderá nunca.

Para dar una idea de su origen, tenemos que remontarnos á la vida del Santo á quien está consagrada; lo cual procuraremos hacer en pocas líneas, pues no disponemos de mayor espacio.

Contaba apenas veinte años, cuando, tocado de la divina gracia, se retiró á un lugar apartado y desierto, con el firme propósito de pasar allí su vida en constante oración, á salvo de las seducciones del mundo.

Enfurecido el maligno espíritu al ver que se le escapaba aquella alma que para sí quería, apeló á todo el infernal poder para arrojar al mancebo de su retiro, y procuró atemorizarle por medio de visiones espantosas y horribles fantasmas; llenando su agreste covacha de bestias repugnantes y feroces que amenazaban despedazarle.

Resistió éste con valor y paciencia tan duras pruebas; consiguiendo, como premio de su inalterable virtud, que las fieras de Satanás se amansasen ante él y, lejos de mortificarle, fueran en lo sucesivo humildes compañeras de su soledad.

De este milagro que el cielo realizó en su favor, nació, pensando cuerda-mente, el patronato que casi todas las naciones le han concedido sobre los animales.

Más tarde, se trasladó á un edificio abandonado en la cumbre de un monte cerca de Hercúlea, donde no tardaron en encontrarle sus admiradores, decididos á establecerse junto á él.

Entonces, pudo más en el santo varón el celo de las almas que el amor al retiro, y dedicóse á la enseñanza y dirección de los discípulos que Dios le enviaba; quienes se apresuraron á edificar celdas junto á la suya, con ahinco tal, que en breve se pobló de monasterios el país antes desierto, y se contaron por millares los prosélitos del patriarca cenobítico, cuya fama era ya universal.

San Antonio Abad, enaltecido en los textos religiosos con los dictados de azote de herejes, terror de demonios, ornamento de la Iglesia y asombro de su siglo, murió á los 105 años de edad, en el día 19 de Enero del 336, noveno del imperio de Constancio, habiendo pasado 85 en constante y rigurosa penitencia.

La festividad, que se celebra en los aniversarios de su gloriosa muerte, tiene por objeto, impetrar su protección para los seres irracionales, inofensivos y útiles al hombre, representados por aquellos que sin disputa le rinden mayor utilidad. A este efecto, el poseedor de un caballo, de un mulo ó de un mísero borriquito, ya lo emplee en su regalo, ya en su industria ó trabajo agrícola, lo adorna al llegar tal día,—él ó sus criados, que para el caso es lo mismo—con arneses de gala, con vistosos plumajes, moñas y cintas, según los medios y gusto de cada cual, y después de pasearlo por la ciudad, pueblo ó lugarejo, solo ó en unión de sus compañeros de glorias y fatigas, lo lleva frente á la Iglesia, donde el párroco le echa su bendición.

Esta costumbre es general en toda España, aun cuando varíe algo en los detalles.

En Madrid, son las calles de Hortaleza y Fuencarral, porque en una de ellas radica la capilla del Santo, las designadas para el paseo de los que han de ser bendecidos; viéndose durante algunas horas atestadas materialmente de briosos corceles, caballerías de rango inferior y hasta pa-

cíficos jumentos que dan vueltas y vueltas en incorrecta formación y luciendo sus transitorios trofeos, por aquellas animadas vías, de las cuales se posesionan, merced á un derecho inveterado que nadie trata de disputarles.

En Cataluña, y especialmente en Barcelona, la gente del oficio, es decir, la que trafica con los citados cuadrúpedos, formando agrupaciones ó *collas* montadas, vistiendo traje negro de chaquetilla y sombrero de copa, recorre las calles con bandera y música, rodeada de un enjambre de chiquillos, quienes de fijo disfrutan más que los inconscientes héroes de la fiesta, conocida por el nombre peculiar de *Tres toms*.

Terminada la ceremonia, los jinetes que acabamos de mencionar, dejan sus cabalgaduras en la cuadra, devorando un doble pienso, y se marchan á comer alegremente en la fonda que cada grupo eligió de antemano; coronando dignamente la tradicional solemnidad con bailes en los entoldados característicos del país, levantados exprofeso, ó en el salón de un casino, ó en la platea de un teatro.

Total: un entusiasta homenaje á la memoria del Presidente nato de todas las «Sociedades protectoras de los animales» y un día de expansión y regocijo para muchas familias, condenadas á trabajar sin descanso los demás del año.

El ánimo se siente confortado y gozoso al considerar cómo, al calor de una creencia que el materialismo lamentable del siglo no ha conseguido desvirtuar, después de tantos siglos, viven incólumes en nuestro país las tradiciones aprendidas en la niñez, y cómo, practicando esos actos religioso-populares, la generación actual, rinde sagrado culto á las muertas generaciones.

¡Ojalá puedan decir lo mismo las que han de sucedernos en la triste peregrinación á que el hombre nace obligado, y cuyas amarguras sólo en la religión hallan eficaz consuelo!





EL PATRIOTISMO EN LA MUJER

Primer premio en el CERTÁMEN DE LA ILUSTRACIÓN FEMENINA, celebrado en Barcelona.

Fué la mujer para el amor creada;
un suspiro, un sonris, una mirada,
ó una lágrima suya... en torno esparcen
el purísimo aroma del consuelo,
que Dios puso en su cáliz
para dar á la tierra algo del cielo.

Es cándida azucena
que adora al sol, porque de amor la llena;
mariposa que, apenas vestir puede
primaverales galas,
espera ansiosa que de amor el fuego
abrase un día sus purpúreas alas.

Nacida para amar, guarda afanosa
su delicada espléndida hermosura
y el virginal tesoro,
para darlos por palma
al amor que divisa en sueños de oro,
cuando sienta su voz dentro del alma.

Y ese amor que la eleva y enaltece,
de tal manera fructifica, crece,
y en su sensible corazón concilia
lo humano y lo divino, que... allí viven,
en dulce intimidad, en santa homilia,
la religión, la patria y la familia.

Cuando, llena la mente de ilusiones,
pude, merced al juvenil aliento,
devolverla en raudales de poesía
la inspiración que de ella recibía...

para cantar á la mujer, busquéla
en el hogar tranquilo y retirado,
junto al esposo amado,
ó de sus hijos en el tierno nido.

Entre el rudo fragor de una batalla;
cuidando al desvalido
en misero hospital; tras de una reja
que la aprisiona en cárcel tenebrosa...
como al cadáver la pesada losa;
en las gradas del templo;
á la mujer busqué que ofrecer supo
de religiosa fe el más digno ejemplo.

Hoy, en que el tiempo despiadado empieza
á esmaltar con sus nieves mi cabeza,
y anda mi musa perezosa y fría,...
pretendo todavía,
rendir á la mujer que admiré tanto,
el último tributo,
¡quizá mi postrer canto!
su abnegación buscando y su heroísmo
en el sagrado altar del patriotismo.

Sin esfuerzo ninguno, he de encontrarla:
á donde quiera que mirar intente,
del insondable ayer entre las brumas
ó en los claros espejos del presente;
besando las espumas
de las hirvientes aguas de los mares,
bañándose en la luz de las estrellas,
vestida con las tintas de la aurora,
veo flotar el hada protectora
que, por ley en los cielos promulgada,
cuando la patria gime,
de su flaqueza á la mujer redime,
para que á ser alcance, de esta suerte,
más que el hombre animosa, como él fuerte.

Cuanto el poeta imaginar pudiera
quimérico ó sublime,
ante la realidad, pálido fuera;
ni he de forjar fantásticas creaciones
para ensalzar el patrio sentimiento
de la mujer y enaltecer su gloria,
mientras pulsen las cuerdas de mi lira
la tradición, la historia.

Vedla, en la antigua Armórica, entregándose
gozosa al sacrificio, y cómo ofrece,
candorosa y sencilla,
el casto seno á la fatal cuchilla
que ha de verter su sangre generosa.

Ved cuán radiante su mirada brilla
al saciar con su carne, de la hoguera
la sed devoradora,... porque espera
que su ofrenda piadosa
atraiga de los dioses tutelares
lá augusta protección sobre sus lares.



Allá, en la Grecia, gime un pueblo entero;
geológico trastorno cuyo origen
le impide ver, el velo pavoroso
de ruin superstición, en su recinto
abrió profundo foso
que aumenta sin cesar, que nada cierra,
que ensancha más y más sus negras fauces,...
cual si atraer quisiera llano y sierra
á las duras entrañas de la tierra.

Los sabios, á una voz, preciso juzgan,
para aplacar de los adversos hados



la furia, así patente,
que se arrojen en él veinte doncellas,
las mejores por ricas y por bellas;
y veinte al precipicio se arrojaron,
llorando de placer, de gozo henchidas,...
¡y otras veinte lloraron
de pena, por no ser las preferidas!

El infame Pausánias, en castigo
de estar vendido al Persa, su enemigo,
por ley inquebrantable, morir debe
emparado en vida;
¡y es la mujer que la existencia dióle
y al calor de su pecho amamantóle,
quien, con cívico alarde y propia mano,
del muro ejecutor á donde sólo
llegar podrá la trepadora yedra,
pone resuelta la primera piedra!

Ved cual, Judith, la bíblica matrona,
en aras de Israel, inmola ufana,
la paz de su retiro, de sus padres
el nombre ilustre y las honradas tocas
de su viudez temprana.

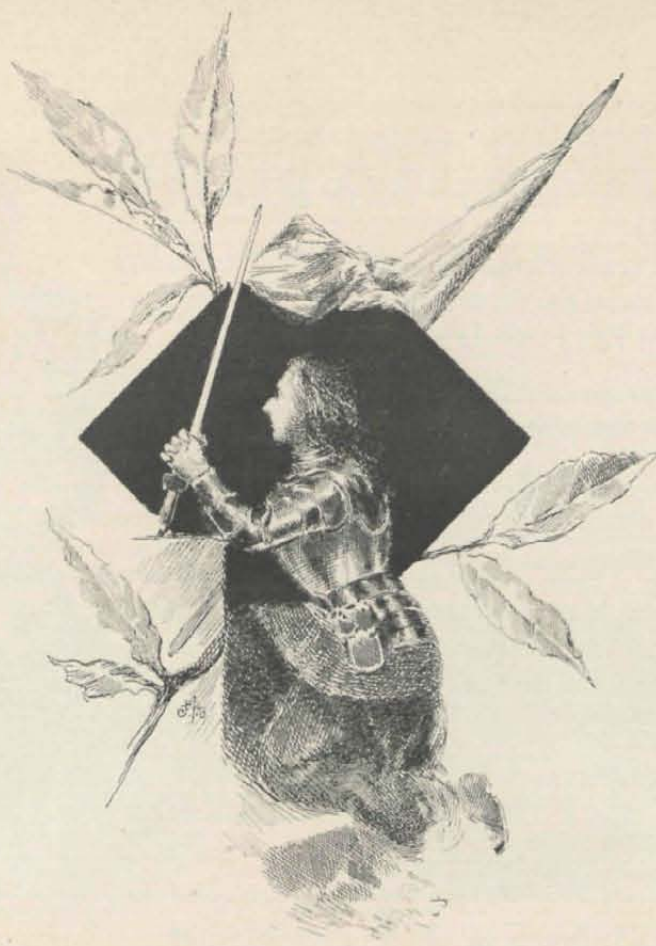
Cercada por las huestes de Holofernes,
hambrienta y presa de mortal desmayo,
Bethulia va á rendirse
al asomar del sol el primer rayo.

La denodada Hebreá cuya sangre
bulle en las venas, como hirviente lava,
de tamaño baldón librarla intenta:
del general asirio en busca corre,
á sus miradas lúbricas presenta
toda la esplendidez de una hermosura
que el mayor goce terrenal augura;
le atrae, le embriaga, le fascina,
echa á su cuello tentadores lazos,
niega, vacila, ofrece, hacia él se inclina,
cae por fin entre sus férreos brazos;...
y antes que luzca el alba, mientras duerme
desfallecido, inerme,
á un mundo de delicias transportado,...
con varonil fiereza,
de su impúdico amante de una noche
cercana la cabeza;
dejando de una vez, libre la villa,
y el afrentado cuerpo sin mancilla.

Admirad de las Madres Espartanas
las sobrias frases, los preceptos sabios;
fúlgidas chispas de un volcán que busca,
no cabiendo en el pecho donde mora,
salida por los labios.

Una, recibe la noticia impía
de haber perdido en bárbaro combate
al que engendrado había,
¡única luz de su vejez sombría;
y... de la nueva fiera
ocultando en el pecho el dardo agudo,
sin verter una lágrima siquiera,
impasible responde: «¡mortal era!»

Otra, despidió al hijo á quien adora
como la tierra al sol: «toma este escudo;



vuelve con él... ó encima de él», le dice;
significar queriendo de este modo,
si á descifrar su laconismo acierto,
«ó vencedor ó muerto».

Y hubo tal, que, al gritarla, en son doliente,
un emisario de la guerra: «¡oh, madre!
no volverá á tus brazos el ausente»,
contesta, con furor mal reprimido:
«no te lo preguntaba;... ¿hemos vencido?»

¿Cabe mayor proeza en una madre?
¿Dónde encontrar podrán las ansias mías
inspirados acentos ni armonías,
para cantar la majestad suprema
de ese lenguaje rudo,
rocío abrasador, hielo que quema,
en que es una elegía cada frase
y en que cada oración es un poema!

Recordad el valor de las Suliotas,
su indómito tesón, cuando... privadas
de sus bravos constantes defensores,
antes que sucumbir á los rigores
del duro cautiverio
á que están por la suerte condenadas
y pasto dar al vencedor cinismo,
¡en montón y á sus hijos abrazadas,
se arrojan al abismo!

Aprended de Sagunto en la hecatombe,
cómo, en un solo día y al conjuro
del patrio amor más acendrado y puro,
primero que rendirse al yugo odioso
ó fementido halago,
de los triunfantes hijos de Cartago,...
¡en medio de las llamas y entre ruinas
saben morir las hembras Saguntinas!

Y consagrad, en fin, una mirada,
un lugar preferente, á la memoria
de aquellas que en las cumbres del Pirene,
de Jaca en los confines,...
empuñan los aceros,
blasonan de esforzados paladines,
combaten cual intrépidos guerreros,
destrozan, hieren, matan,
al árabe arrebatan
el preciado laurel de la victoria,
¡y postran, con su arrojo y su fortuna,
á los pies de la Cruz, la Media Luna!

¡Salve, mujer! De tus heroicos hechos,
en todo tiempo, el hombre fué testigo;
hombre soy, y... por serlo, te bendigo.

De ti, á luchar como á vencer, aprende;
tú inspiras sus hazañas,
cuando su patria la cerviz humilla
ó en llanto de dolor tus ojos bañas;
¡no ha de tener del héroe la semilla,
la que á los héroes lleva en sus entrañas!

Ya seas... Juana d' Arc, y en los albores
de una existencia delicada y tierna,
mecida por las brisas y las flores,
te lances de la guerra á los horrores,
para salvar con milagroso esfuerzo
y espíritu gigante,
de tus reyes el trono vacilante;...
ya, primera Isabel, de tus preséas,
de tus joyas más ricas te despojes,
y pródiga al Estrecho las arrojes;
por si acaso, al través de ignotos mares,
hallar pueden incógnitas orillas
donde encender de Cristo los altares
y clavar el pendón de ambas Castillas;...
ya, María, en las rocas que el Cantábrico,
para aferrarlas más, bate con saña,
demuestras á la altiva Gran Bretaña,
con tu arrogancia y brío,
que allí acaba su imperio y poderío,
porque comienza allí el poder de España;...
ya, Agustina, en las márgenes del Ebro,
aventando al espacio las pavesas
de tu rencor profundo,
detengas á las águilas francesas
en su triunfante vuelo por el mundo;...
brilla en tu enhiesta, sonrosada frente,
la gloria reflejada
del excelso Señor Omnipotente,
emporio de dulzura y fortaleza,
que... ¡con sólo querer, encerrar pudo,
en un tan débil sér, tanta grandeza!

¡Salve mujer!... y á tu cantor perdona,
viendo su confusión y su amargura;
pretendía ceñirte una corona,
y subir no ha logrado hasta tu altura.

El te admira, tus méritos pregona
y tu indulgencia merecer procura:
si es humilde su voz para cantarte...
¡mientras alma le quede... sabrá amarte!

SALVADOR CARRERA



EL BOTIJO

IGNORO si el botijo es una conquista de los tiempos modernos; pero declaro, con franqueza, que me tiene completamente sin cuidado la fecha de su origen, y que me importa un comino todo lo que á su historia se refiere.

España tiene, como todos los países, ciertos rasgos peculiares que vienen á formar su verdadero carácter y que constituyen su fisonomía particular.

La holgazanería es cualidad inherente á todo buen español: la afición á los toros es condición *sine qua non* de nuestro carácter, y no podrá prescindir de ella quien en algo estime el honor nacional.

La guitarra, el bolero, la mantilla, el brasero, el botijo y otra porción de *cachivaches*, son nuestros y muy nuestros; estando así reconocido por las potencias, hasta tal punto, que los extranjeros no conciben un español diligente, antitaurino y que no posea la guitarra más ó menos diestramente, así como nosotros no concebimos tampoco un italiano que no toque el acordeón ó el organillo, por lo menos, un francés que no baile el cancan, un alemán que no beba cerveza, ni un inglés que no sea excéntrico y á quien no le guste darse de puñetazos con sus semejantes, que es la mayor y la más culta de las excentricidades.

Pero como el consorcio de las ideas es un hecho, como la humanidad progresa, y como ya *no hay fronteras*, la guitarra se ha convertido en piano, el bolero en waltz ó polka, la mantilla en sombrero, quedando solamente el botijo como símbolo de nuestro carácter y monumento de nuestras glorias nacionales, conservando el agua fresca juntamente con las tradiciones españolas.

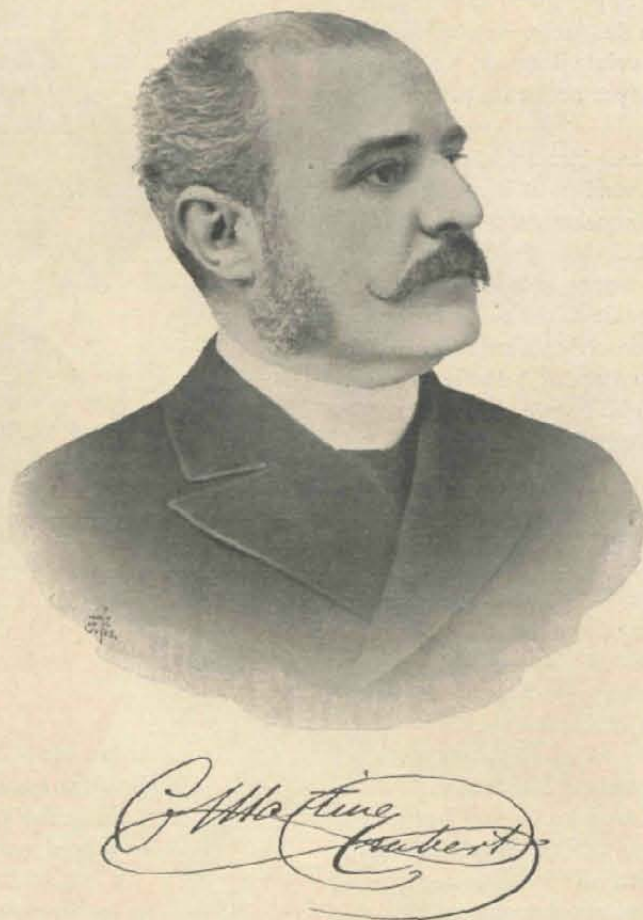
El botijo tiene una figura noble, digna y altamente española. Por su abultada panza parece un antiguo consejero ó un moderno magistrado, y por su base el ajustado pantalón de un *petimetre*, teniendo siempre el oído abierto á caza de secretos que nos transmite por el pitorro, envueltos en un chorro de agua, y pareciendo su asa el ojo de la Providencia, que vigila todas nuestras acciones.

El botijo suele ser muchas veces el *galeoto* del amor. ¡Con cuánta gracia y donaire descansa en la cadera de la criada que va á la fuente á llenarlo de agua, mientras su corazoncito se llena de amor por un bizarro soldado que desliza en su oído palabritas más dulces que la miel. Pero el botijo, sin perder un ápice de su gravedad, va haciendo acopio de las promesas de aquel Marte de menor cuantía, para recordárselas en momento oportuno, jurando vengarse si no las cumple, y llorando á lágrima viva cuando se rompe la virtud de la muchacha, que, como todas las del día, y merced al progreso de las costumbres, es más frágil que el botijo que supo apagar algunas veces el fuego de su pasión.

El botijo es nieto de la tinaja, hijo del cántaro y consorte de la botija, de la cual vive divorciado sin haber tenido sucesión; contando entre sus parientes á la bota, el frasco y la botella; pero con ésta no se trata, porque dicha señora «tiene más orgullo que don Rodrigo en la horca». Con la que se trata íntimamente es con la cazuela, pues algunas veces el botijo, constriado por las flaquezas humanas y apenado por los desengaños y falsedades del mundo, llora sin consuelo, y la cazuela es la encargada de recoger sus lágrimas.

El botijo es altamente democrático:

desde la princesa altiva
á la que pesca en ruin barca,



ó, lo que es lo mismo, igual en el palacio que en la humilde cabaña, se encuentra un botijo, más ó menos modesto, pero botijo al fin; y lo mismo el magnate ó potentado, que el escritor (que por ciertas observaciones se ha llegado á averiguar es el *sér más pobre y desventurado de la tierra*), apagan en él su sed, aunque cada uno á su manera, según sus clases y condiciones, pues ni aquéllas han desaparecido todavía, ni éstas desaparecerán jamás.

Por otra parte, en la manera de beber se conoce también la clase, temperamento, usos y aficiones de la persona. Así, los nerviosos beben á intervalos, y los linfáticos despacito; los pintores, poetas y demás individuos de la gran familia de los artistas, beben *á chorro*, mientras que los pollos del día, diputados de la mayoría, y, en general, todo el que chupa algo, *mama* como en los primeros años de su existencia.

Aunque el botijo se ha traducido al francés, no ha podido aclimatarse en Francia, pues no se le encuentra más que en España, y tiene su trono en el balcón ó en la ventana, que es también otro atributo de nuestra nacionalidad. Y si alguno intentara arrebatarémoslo, no dudaría todo buen español en lanzarse á la pelea y morir, si fuera preciso, en defensa del archivo de nuestras historias y tradiciones: del clásico botijo.

F. OLTRA DALMAU



SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA: cuadro de J. M. Tamburini.
En el Océano de la vida, caricaturas por Xaudaró.
PÁGINAS EN COLOR: *Mme. Darcée*, del Gran Teatro del Liceo, fotografía de Napoleón, con alegorías de A. Seriffá.
Una calle, cuadro de Urgell.
Del tiempo de Goya, cuadro de Ramón Tusquets.
En la feria de Sevilla, por Obiols Delgado.
En boca cerrada..., artículo por A. Sánchez Pérez.
Amores criollos, artículo de costumbres americanas, por P. Sañudo Autrán, con ilustraciones de J. Cuchy.

¡Santa!, por Pablo de Segovia, ilustraciones de Passos.
Notas de Arte. El Quijote en dibujos, por José Ramón Mélida.
Trabajos en el Tiber, cuadro de Enrique Serra.
El sablazo, artículo por Rafael Chinchón.
El velón, por F. Gras y Elías, ilustraciones de J. Cuchy.
MOSAICO.
REGALO. Un precioso figurín iluminado.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria

Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Lit. Pujadas.



INSTRUMENTOS, MÚSICA, PIANOS, HARMONIUMS

Fernando VII, 51-53 **JUAN AYNE** y Call, 22, Barcelona.

Pianos Henry HERZ, Neveu y C.^a

Pianos BOISSELOT

Harmoniums d'ALEXANDRE, Père y Fils.

Unico depósito en este Establecimiento.

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

Fabricación de artículos musicales, taller de grabado y estampación de música

PEGAMOID

SE FABRICA EN ESPAÑA

Aplicable á todos los tejidos, papeles y cartones.

25, Puerta del Angel, BARCELONA

Londres, París, S. Petersburgo,

Manchester, Bruselas,

Milano, Berlin,

Viena.

Impermeable,

Lavable, Aislador,

Antiséptico, No se mancha,

No se raya, Ligero, Durable, Barato, Hermoso.

25, Puerta del Angel, BARCELONA

NUEVA Y PRECIOSA INVENCION



En prensa: La Menegilda.
La Pulga. Marte y las Bravías. ¡Olé! ¡Viva España!
El Beso.

PRECIO DE CADA BLOCK: DOS REALES

DE VENTA en librerías, Papelerías, Kioscos y tiendas de juguetes,
y al por mayor, BENJAMIN MIRALLES

BAILÉN, 17 BARCELONA

FOTOGRAFÍAS ANIMADAS

(Cinematógrafo en la mano).

COLECCION ESPAÑOLA

La mejor de todas las conocidas.

VAN PUBLICADAS

N.º 1 Baile Fantástico.

N.º 2 Danza Serpentina.

N.º 3 Asalto de Armas.

N.º 4 Baile Francés.

N.º 5 Duelo de Damas.

N.º 6 El Gimnasta.

N.º 7 Los Pilluelos.

N.º 8 El Barbero.

N.º 9 La Jota Aragonesa.

¡BAILE DE MASCARAS! por XAUDARÓ.



—No, eso no, luego me la quitaré, pero ahora en el baile no, porque soy muy conocida y no me conviene.

—Entonces ya sé quien eres; ¡Matilde!

—Ja... ja... ja; ¡tampoco!



—Mira, toma los treinta duros y destápate la cara... ¡tú eres Asunción!



—Muchas gracias, caballero... ahora estamos en paz con la cuenta de la ropa de verano. ¿Le hace falta un gabán ó macferlán?

—¡El sastre!

VINO DE OSTRA8

Del Dr. Sastre y Marqués.

Los más eminentes médicos de España, lo recomiendan á sus enfermos y convalescentes para la curación de las enfermedades nerviosas, anemia y debilidad general. Depósito en Madrid: Vda. Somolinos, Infantas, 26; en Zaragoza, farmacia Rios hermanos; en casa del autor, Hospital, 109, Barcelona, y en todas las farmacias bien surtidas.

JUAN BAUTISTA PUJOL Y C.^a

EDITORES DE MÚSICA

1 y 3, PUERTA DEL ANGEL, 1 y 3 BARCELONA

Música de todos géneros y países. — Pianos, Harmoniums, Organos é instrumentos de orquesta y banda. ♦ Representación y depósito de las principales casas extranjeras. ♦ Contratas especiales. — Compras directas. ♦ Agentes en París, Bruselas, Berlin, Leipzig, Hamburgo, Londres, Milán y Viena. ♦ Precios, los más económicos, y existencias, las más importantes de la Península. ♦ Catálogos gratis. — Expediciones diarias.

HISTORIA

del

GENERAL

D. JUAN PRIM

Semanalmente y sin interrupción se publica un cuaderno que vale

UN REAL

á pesar de contener dieciséis páginas de texto, ó bien ocho y un rico cromó.

JUAN FRANQUESA
ALMACÉN DE MUEBLES
VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO
 SAN PABLO, 28 Esquina Arco de San Agustín BARCELONA



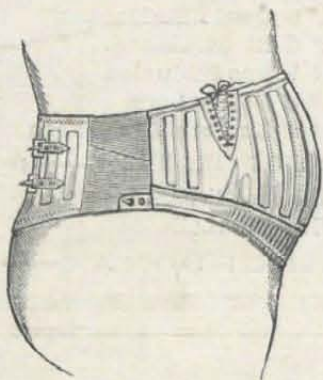
FÁBRICA DE PIANOS

COROMINAS Y RIERA

Pianos verticales, oblicuos y cruzados reconocidos como superiores y que compiten ventajosamente con los extranjeros. ♦ Cambios, alquileres, reparaciones y afinaciones. ♦ Fundas para piano, zócalos, metrónomos, cubre teclados, etc.

CATALOGOS GRATIS PRINCESA, 45. — BARCELONA

LA EMPERATRIZ



Corsés y Fajas

TRES LLITS,
núm. 10
ESCUDILLERS
BLANCHS, 2,
BARCELONA

Faja ventrera para sujetar, sostener y disminuir el vientre, elogiada y recomendada por ilustres Doctores en Medicina de esta Capital.

Las personas que deseen anunciar en este periódico, deben dirigirse á don Manuel Solá, Mallorca, número 315, principal.

Apuntes para un prólogo sobre
EXTRACCIONES DENTARIAS

(En publicación)

por el Dr. BRUGUERA MARTÍ

Médico especialista.

PELAYO, 22

BARCELONA

CONVIENE A LOS HERNIADOS (QUEBRADOS)

Sepan que un invento verdad, con real privilegio, es el *Braguero óptimo hernial VIVES*, compuesto de elementos electro-magnéticos, capaces de curar las hernias, por crónicas y rebeldes que sean. — La ley castiga á los falsificadores. — Ningún fabricante de bragueros puede construir bragueros electro-magnéticos, más que su propio autor. — Pídase el folleto explicativo, Unión, 7, entresuelo, Barcelona. — VIVES, ORTOPEDISTA.

MARCA



«Tintura vegetal» para el cabello y la barba.

LA MARAVILLA de J. Martra.

Impide la caída del cabello, cura la caspa, es tónica como la mejor brillantina. Como autor y práctico que soy en el cabello puedo asegurar que LA MARAVILLA es el único específico para conservar la cabeza sana y limpia. (No tiene nitrato de plata).

AGUAS PARA LAS SEÑORAS

LA FLOR DE LIS deja el cutis fino mate. ♦ LA MEJICANA deja el cutis fino con lustre. Su aplicación es sencilla; basta aplicarla con una esponjita ó franela muy suave. ♦ Se venden estas aguas en todas las perfumerías. ♦ Encargos en Barcelona, Bailén, 117, 1º

GRAN FARMACIA HOMEOPÁTICA ESPECIAL

GRAU-ALA

8, CALLE DE LA UNION, 8 BARCELONA

Esta casa montada á la altura de las más acreditadas del extranjero, se halla surtida de cuanto tenga relación con la Homeopatía.

Gran surtido de botiquines desde 8 á 500 ptas.

Obras de Homeopatía. — Se remiten catálogos.



PIANOS

FORTUNY 3 BARCELONA
 PIANOS DE COLA Y VERTICALES
 A CUERDAS CRUZADAS Y CUADRO DE HIERRO
 ESTILO NORTE AMERICANO
 SE REMITEN CATALOGOS



Antes de usarlo.

Depilatorio en polvo del Dr. Thomson

El remedio mejor, más perfecto é inofensivo, para hacer desaparecer pronto el vello, único que no ejerce influencia perjudicial sobre la piel.

Aplicación sencilla. ♦ Resultados positivos.

Precio: 3 PESETAS CAJA

Único depósito: Perfumería LAFONT

Call, 30. BARCELONA



Después de usado.

WERTHEIM

MAQUINAS PARA COSER PERFECCIONADAS

VENTA A PLAZOS

y al

CONTADO



CONTADO

y al

VENTA A PLAZOS

BICICLETAS GARANTIDAS

TALLERES DE REPARACIONES

Niquelaje especial y esmaltes á fuego.

AVINÓ, 9 BARCELONA